AÑO IX. 1.° DE DICIEMBRE DE 1877. NÚM. XXIII.

EL ESPIRITISMO,

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.° y 15 de cada mes.

UN DETRACTOR DEL ESPIRITISMO.

El Anunciador barcelonés, correspondiente al 29 de Octubre próximo pasado, inserta en sus columnas el siguiente escrito:

COSAS DE MADRID.

LOS ESPIRITISTAS.

«Sepan cuantos estas cortas líneas leyeren, que el espiritismo sube en el momento en que escribo, las escaleras ó la cuesta del Calvario. Sí, todo, todo anuncia que el espiritismo, que ya tiene creyentes y secuaces, contará pronto mártires y confesores, ¡Qué honra para la doctrina! ¡Ah! quién les diria á sus apóstoles Pepe Navarrete, Vizconde de Torres-Solanot, y Joaquin Huelves, que habian de llegar tan pronto al zénit de la gloria que les es dado alcanzar á los mortales humanos! Porque no hay que dudarlo; mientras el espiritismo era una doctrina tranquila, pacífica, que se podia profesar sin otro inconveniente que el de merecer las censuras de Orti y Lara, Mañé y Flaquer, y los dos Nocedal, el espiritismo constituia una escuela, de estas de tres al cuarto. Pero hoy las cosas cambiarán: el espiritismo vá á costar hambre, miseria, desesperacion, quizá sangre. Lo repito; ¡qué honra para la doctrina!

Pues es el caso, que unos maestros de no sé qué establecimiento, han sido acusados, no de esplicar espiritismo en sus clases, sino de creer en él, de profesarle fuera de cátedra: vamos, algo asi, como cumplir su obligacion en las horas lectivas, y entretenerse en las de asueto, no sé si en hacer andar un trípode ó en decir, que mi amigo Navarrete es un Adam Kardec español. Como era natural, estas demasías no podian quedar impunes, y en su virtud formóseles espediente gubernativo; declararon en él cuantos tenian conocimiento del hecho, y una vez terminadas todas las diligencias convenientes á esclarecer la cuestion, ha pasado todo al Consejo de Instruccion Pública, quien informará en regla, para que luego el señor Conde de Toreno, absuelva ó castigue.

Yo no sé si resulta del espediente probado el espiritismo, é ignoro tambien, si las autoridades académico-administrativas, entenderán que una vez demostrado, procede castigo ó absolucion. Mas ya resulte sobreseimiento ó ya sentencia condenatoria, no por eso será menor la honra alcanzada por la doctrina. Ahi es nada; el espiritismo, circulando por las dependencias del edificio de la Trinidad; el espiritismo discutido por la *colla* de sábios que constituye el Consejo de Instruccion pública! Y esto cuando ayer, como quien dice, se cobijaba humildemente en la calle de Lope de Vega y en las columnas de *El Globo*, su paraninfo para ante la opinion pública. Ahora si que ya no podrá decirse del espiritismo *alta petis*.

Y á todo esto, ¿qué va á hacer el vizconde de Torres-Solanot? ¿No le dará la cosa motivo y ocasion para unas cuantas docenas de artículos? Y eso sin contar con que el *Círculo*, como corporacion y concilio, está obligado á tomar sérios acuerdos y aun á declararse en sesion permanente. ¿Cómo sino aprovechando todos los recursos, puede hacerse ver que si estas cosas se toman muy por lo sério es por que se lo merecen, y lo valen, y lo representan? Nada; que el espediente contra los profesores espiritistas les vino de perilla y como pedrada en ojo de boticario. Como que ya me figuro estar viendo á todos estos ilustres jóvenes que conversan con los muertos, y se comunican con Sirio, Márte y Vénus, levantarse en la opinion como los paisanos de Landas, sobre zancos de vara y media.

¿Y qué dirán los espíritus, cuando sepan lo del espediente? ¿Qué castigo, encarnacion ó viajata deben emprender, para purgar la pena que por su conducta merecen? Porque ello, no hay que du-

darlo, todo depende de la conducta que vienen observando los espiritus. Esto de haberse vuelto tan comunicativos, fué causa de que empezáran á divulgarse los secretos de ultratumba y aun los más *minimos* pormenores de la otra vida; y como la materia tiene intríngulis, picó la curiosidad, y despertó la atencion de esos desdichados maestros, y de ahí el expediente formado en honra y loor del espiritismo español. Los espíritus son, pues, los culpables y únicos que deben responder ante la justicia divina y humana, de la cesantía que amenaza á los maestros espiritistas, si como puede suceder, concluye en tragedia el espediente comenzado en espiritismo.

Y *hé aquí por qué* todo me hace sospechar, que cuanto sucede es intriga de los espíritus. Probablemente así intentan acreditarse en definiva, haciéndose pasar por gentes de pró, ó como si dijéramos, por espíritus de padre y muy señor mio. En fin, que Dios ponga tiento en las manos del Consejo y del Conde, y que triunfe el espiritismo. Lo deseo por la misma escuela, que mal que les pese á sus adversarios, proporciona medio honesto de malgastar el tiempo.—*F.*»

A semejante detraccion ha contestado oportuna y dignamente nuestro querido é ilustrado hermano Sr. Amigó y Pellicer, con el *Remitido* que sigue, publicado tambien en *El Anunciador*.

REMITIDO.

Señor Director de *El Anunciador de Barcelona*.

Lérida 30 de octubre de 1877.

Muy señor mio de mi mayor consideracion: Soy uno de los dos profesores de la Escuela Normal de Lérida, á quienes se formó espediente en febrero de 1875, por suponerlos afiliados á la escuela espiritista, espediente que, á juzgar por noticias de periódicos, acaba de pasar á informe del Consejo de Instruccion pública. He sido, por tanto, aludido en el artículo «Cosas de Madrid,» publicado en *El Anunciador* de ayer. Si en atencion á esto, y en prueba de imparcialidad, se digna usted disponer la insercion de las siguientes líneas en el ilustrado diario que usted dirige, se lo agradecerá su afectísimo s. s. q. s. m. b.,

José Amigó y Pellicer.

ZOILOS Y ARISTARCOS.

EL ESPIRITISMO.

Al leer el artículo «Cosas de Madrid,» á que nos referimos en las líneas que preceden, nos hemos preguntado: ¿Será el señor F. que lo suscribe un censor severo y justo, ó un murmurador impertinente? ¿Hemos tenido la suerte de caer en manos de un Aristarco juicioso é imparcial que nos ilustre si estamos en el error, ó se nos ha venido encima la calamidad de un Zóilo vocinglero, de esos que no aciertan á emplear otro género de crítica que la mordacidad y el sarcasmo? La crítica razonada corrige sin ofender; el lenguaje agresivo y mordaz ofende sin corregir. Aun cuando sabemos que siempre han abundado los Zóilos y escaseado los Aristarcos, nosotros opinamos que el señor F. pertenece al número de los últimos. Habrá querido corregir; no lastimar.

Mas como no todos los lectores de *El Anunciador* opinarán lo que nosotros, antes bien habrán visto en el artículo «Cosas de Madrid» mejor que una prudente censura una cruel ironía para el Espiritismo y sus adeptos, séanos permitido á fuer de tales volver por nuestra dignidad, á fin de que la opinion pública no se estravíe fácilmente y juzgue con conocimiento de causa.

Las doctrinas que los espiritistas profesamos, son:

La existencia de Dios, inteligencia soberana, infinito en perfecciones, causa suprema de la creacion, alma del universo,

La existencia é inmortalidad del alma racional, emanacion de la Divinidad, irradiacion de la divina inteligencia.

La existencia de la justicia en el universo, como armonía necesaria; y la necesidad de recompensas y expiaciones ulteriores, como sancion de la moral y realizacion de la justicia.

La redencion de todos por la expiacion y reparacion de las faltas y males cometidos en uso de nuestra libertad, dentro de la sucesion de los tiempos. Todo sufrimiento presupone una infraccion; porque la ley es armónica; porque Dios es justo.

La pluralidad de mundos habitados, teoría aceptada poco ménos que como verdad axiomática por la ciencia moderna.

La pluralidad de las existencias del alma, ó sea la inmortalidad en el prògreso, doctrina sustentada por los más eminentes filósofos, por los más ilustres pensadores desde remotísima antigüedad.

La fraternidad y solidaridad de todas las humanidades que pueblan los mundos del espacio, y la revelacion del pensamiento de Dios, segun las necesidades de cada época. Sin la revelacion no se concibe el progreso espiritual.

Nuestra religion es el cumplimiento del deber cristiano: adorar á Dios y amar á nuestros semejantes, que es lo que Jesus predicó y practicó. Las formas externas no son nada; la adoracion y el amor lo son todo.

En el concepto espiritista, la Iglesia es la asamblea de todos los hombres virtuosos, de todos los que aman y practican la justicia. El único templo digno de Dios, la inmensidad del universo.

Esto es el *Espiritismo* que otros llaman *Cristianismo*, y otros *Religion Universal*. ¿Qué importa el nombre? Estas son las doctrinas que el articulista señor F., haciendo coro con los dos Nocedal, Mañé y Flaquér, y Orti y Lara, entrega al escarnio, á la befa de la pública opinion. ¿Quiere decirnos nuestro ilustrado Aristarco por cuál de ellas nos condena? ¿Por cuál de ellas merecemos el ridículo? Sepámoslo, y nosotros nos obligamos á citarle en apoyo de cualquiera de nuestras conclusiones multitud de nombres reputados como lumbreras del mundo. No gustamos del argumento de autoridad; y si por esta vez lo invocamos, es solo para que se comprenda que nuestro error ó locura es el error de muchos sábios y la locura de muy respetables cuerdos.

¿Es este el Espiritismo, el Cristianismo, la Religion Universal que el señor F. ha pretendido ridiculizar en su artículo? ¿Ó es, por ventira, ese arte de adivinacion, ese conjunto de prácticas supersticiosas que la ignorancia apellida tambien Espiritismo? En este caso, le rogamos que en lo sucesivo procure distinguir una cosa de otra, llamándolas por su nombre. Es justo no confundir el fanatismo y la supersticion con la doctrina filosófica ó religiosa en que se amparan.—*J. Amigó.*»

Mentira parece que en el siglo XIX existan séres que *humildemente* se crean lo bastante sábios para poder juzgar de aquello que no entienden, y sospechen ha de producir cierto género de efecto entre la sensatez una crítica mordaz y ofensiva formulada, no de opiniones ni razonamientos contra lo que se critica, que tal es lo prudente y lógico, sino por el contrario, confeccionada de superfi-

ciales *dicharachos*, sin más tendencia ni objeto que llevar el desprestigio público por medio del ridículo social á doctrinas y hombres que por su científica verdad y sus profundas convicciones se encuentran muy encima de las preocupaciones del vulgo y del sarcasmo de aquellos que abrigan la pretension de ser maestros en la ciencia universal.

El autor de *Cosas de Madrid*, que tan bien sabe manejar las armas de la sátira, por lo que en dicho artículo se vé, no se encontraría seguramente tan desembarazado si tuviera que hacer uso de las de la ciencia y la razon, que son las únicas que los espiritistas blanden. Y si por acaso el aludido escritor considerase nuestra opinion como aserto gratuito, dispuestos nos hallará *siempre* á demostrársela en el debido terreno, en el cual nos encontramos de continuo colocados para defender la verdad, y probarle á nuestros detractores sistemáticos que el Espiritismo es la filosofía cristiana más racional, sensata, lógica y científica que hasta el presente el hombre ha conocido, y que así como el error no dejará de serlo aunque su fanatismo le produzca perseguidos y mártires á cientos, la Verdad se encuentra honrada por sí misma, sin persecuciones ni martirologios de ningun género.

Quien malgasta lastimosa é inconvenientemente el tiempo, es el Sr. F. y los que como él se dediquen á zaherir doctrinas que desconocen, y á hombres, que sin ofender á nadie, roban al descanso todo su tiempo para estudiar la naturaleza y aproximarse, por la dignidad de su trabajo propio, al conocimiento de la Verdad, que es lo que al espíritu aproxima al conocimiento de Dios.

M. GONZALEZ.

EL INFIERNO.

¡Sí! tambien entónces, cuando arrullado por el cántico de la nodriza mis ojos se cerraban á la luz para buscar las sombras del sueño; cuando mi corazon se adormecia lanzando acompasados é imperceptibles latidos; cuando mi cabeza se inclinaba hácia la tierra como fatigada de mirar el cielo... tambien entónces mi imaginacion traia al campo de sus creaciones espectros espantosos, fan-

tasmas increibles, ruidos, llamas, cadenas, muertos, gritos, quejas, maldiciones, todo un mundo de tinieblas alumbrado por unos fuegos horribles más negros que las tinieblas mismas del mundo aquel.

Mi imaginacion infantil, exaltada en alto grado por mi constitucion fisiológica hacia tomar á los cuentos con que mi abuela amenizaba sus paseos al aire libre gigantescas proporciones. Los colores más oscuros, los más sombríos matices formaban siempre el fondo de los cuadros creados por mi fantasía. Alguna vez aquel fondo negro se tornaba rojo por el fuego ó por la sangre, y sobre el fondo negro del abismo ó sobre aquel mar sanguinolento ó en medio de aquellas llamas implacables se alzaban figuras horrorosas, cráneos hendidos, esqueletos destrozados, miembros dispersos.

Aquí una mujer, suelto el cabello, muda de estupor y de vergüenza, embrutecida por el dolor lanza al cielo una mirada loca; allí se revuelca gimiendo y retorciéndose en su dolor un jóven imberbe, un niño. Cuencas vacías, ojos que saltan y miran con rabia, instrumentos de suplicio, tenazas, hogueras, lechos de Procusto, rocas de Prometéo por todas partes. Aquí una inmensa alameda, cuyos árboles, desempeñando el mismo papel que los pinos de Sinnis vencido por Teseo, lanzan al negruzco espacio los miembros palpitantes de las víctimas; allí una caverna horrible llena de hambrientas béstias que despedazan, pulverizan y engullen al triste condenado que en ella penetró por hediondo agujero.

Y fascinado por aquellas visiones, sin fuerza para gritar, arrastrado por no se qué impulsion invencible, mis ojos seguian mirando y mis oidos oyendo en aquel mundo de horror. Un sudor frio bañaba mi cuerpo, tiritaba y me ahogaba de calor á un tiempo mismo; mi aliento salía precipitado é irregular, mi sangre circulaba llevando el terror á todos mis miembros, á las más recónditas células, á las más pequeñas ramificaciones capilares. Todo me estremecía, pero seguia durmiendo; nadie me despertaba y... seguia mirando.

Y aquella mansion sin límites, poblada por do quiera, seguia presentando á mis ojos el repugnante espectáculo que encerraba. El chisporoteo del fuego, el olor de la carne quemada se percibia por todas partes. Conmovióme en gran manera ver dos jóvenes sujetos á dos columnas de hierro candente separadas entre sí como unos veinte pasos: aquellos dos jóvenes, hombre el uno, mujer la

otra, se miraban con ternura en medio de su dolor, cuando un cuerpo negruzco lleno de sangre y asqueroso se acercó á la columna de la jóven. Dos gritos de angustia se escucharon que me partieron el corazon; una carcajada estúpida de infame placer salida de aquel cuerpo negruzco les respondió. Hoy he comprendido lo que entónces no comprendí: aquellos dos jóvenes se habian amado con locura... ¡qué martirio para ellos el lujurioso deseo y la más lujuriosa satisfaccion del cuerpo negruzco del verdugo! ¡oh!...

Y cada vez más fascinado, ménos dueño de mí mismo, llena mi alma del anonadamiento de lo terrible, seguía escudriñando la espantosa morada con mis ojos.

¡Qué movimiento! ¡qué estruendosa gritería! Aquí el rodar de los lechos, allá el rugir del dolor. En este lado se oye y se vé una multitud jadeante que se golpea, se araña, se despedaza, brinca, corre, ahulla, dá saltos inverosímiles, gritos jamás oidos, golpes nunca soñados; en aquel nada se oye, nada se siente, ninguna voz rompe la monotonia del silencio, ninguna luz quebranta la monotonía de las tinieblas; pero en medio de aquel reposo que espanta al alma más aún que el estrépito de otras partes, en medio de aquel silencio y de aquellas tinieblas que por lo misterioso aterran y embargan el ánimo, se adivinan vagas sombras, cadavéricos semblantes, horribles sufrimientos, martirios tan crueles que solo en el silencio y la oscuridad pueden ejecutarse, porque si hubiera luz la vista de la víctima desarmaría al verdugo, si el sonido pudiera vibrar los doloridos ayes del mártir harían saltar las lágrimas al ejecutor. En aquel lugar del misterio, áun con silencio y tinieblas, son ciegos y sordos los verdugos... ¡tan inauditos son los tormentos!...

Yo me ahogaba; quería disipar aquellas tinieblas, apagar aquellos fuegos, limpiar aquellas lágrimas, calmar aquellos dolores. Pero una fuerza interior me impedía detener arrastrándome adelante y solo podia compadecer á aquellos desgraciados y llorar con ellos su desgracia. Y en medio de mi sueño lloraba en efecto silenciosamente, y como nadie me despertaba seguía mirando dentro de mí fantasía.

Aquella procesion lúgubre, espantosa, inaudita, continuaba. No habia allí descanso, ni paradas, todo era continuo y en su continuidad más horrible. El vértigo se habia apoderado de todos aquellos séres que lo ejecutaban todo con la rapidez de la locura, con el afan del frenesí, como si les faltára tiempo.

Á cada instante veia cruzar ante mis asombrados ojos con la celeridad del rayo, gesticulando, riendo, abrazando á éste, mordiendo á aquel, hiriendo al otro una multitud de séres, especie de sátiros, gigantescos unos, liliputienses otros, adornados con insignias diferentes, obrando, ora independientemente unos de otros, ora de acuerdo, pero siempre pareciendo obedecer las órdenes de un jefe invisible. Por las funciones que les vi desempeñar vine en conocimiento de que eran los ejecutores, los ministros, los atormentadores, los verdugos. ¡Horrible destino! Aparté la vista de ellos con horror. Sus risas, me crispaban los nervios; sus miradas, me helaban la sangre; sus palabras, me erizaban los cabellos; sus acciones me repugnaban, me daban miedo, me inspiraban ódio.

Parecian orgullosos con sus libreas y se complacian en recargar de detalles espantosos las ejecuciones, refinando su crueldad. Ahogaban los ayes de las víctimas con sus cantos groseros y sus carcajadas. Gozaban con la vista de los suplicios y empedernida su alma con el miserable oficio que ejercian, las súplicas, las protextas, las lágrimas, solo les hacian reir con más estúpido sarcasmo.

En medio de mi inocencia y mi debilidad me sentía con fuerzas para castigar á aquellos insolentes sin corazon. Pero aunque vagamente, comprendía que su papel era el mismo que el de lo jueces ó ministros de justicia en el mundo del dia, que imponian una pena conforme al espíritu de la ley, ó mejor dicho, la ejecutaban. Á pesar de que esta consideracion les rehabilitaba algo á mis ojos no podía impedir el mirarlos con disgusto y con espanto.

De pronto los ruidos, el estrépito que hasta entónces habia escuchado se desvaneció ante otro ruido, ante otro estrépito más inmenso, más atronador y al mismo tiempo más distinto. Era aquello un desconcierto horrible, una gritería como jamás soñarla pudo calenturienta imaginacion de un músico anarquista loco; era aquello la quinta esencia del delirio de millones de séres. Aquello aturdia, ensordecia, desvanecia, enloquecia. Aquello era monstruoso, era un delirio mónstruo.

¡Qué espectáculo! Millones de víctimas, libres unas, sujetas otras, por la mano, por el pié, por la cintura, por la garganta, con cuerdas, con cadenas de hierro, clavados, colgados, enjaulados, de mil maneras indiferentes, en posturas suplicantes, ridículas, inverosímiles, se movian en un contínuo vaiven semejando las olas de

un mar tempestuoso, agitado por la tormenta. Entre ellos corrian, saltaban, chocaban y caian y se alzaban y reian millares de verdugos dando órdenes, trasmitiéndolas, ejecutándolas, sin parar un momento, sin callar un instante. En aquel amplísimo recinto ora reinaba la más profunda oscuridad, ora se abría el suelo con estruendo vomitando llamas en las que se bañaban los desventurados, ora la bóveda se estremecía y dejaba escapar de sus inagotables depósitos cataratas de hierro fundido que á los condenados envolvian, ora, en fin, salia de los costados de la inmensa caverna una enormísima cuchilla que serrando de un golpe todas las cabezas las hacia rodar en nauseabunda sangre mezclada con los miembros de los destrozados cuerpos.

¡Qué escenas! Pero era más terrible aún que lo que los ojos presenciaban lo que llegaba á los oidos: una horrenda blasfemia, una sacrílega maldicion salia de todas las bocas, se escuchaba en todos los momentos, sin interrupcion, como si aquella maldicion impía formase parte de la condena ó como si á la continuidad del suplicio respondiese la continuidad del dolor. ¡Qué horrible concierto formaba aquella gritería! ¡Cuán triste el presenciar la reincidencia de los condenados! ¿No tendrian sentimientos? ¿No tendrian conciencia? ¿Por qué no se arrepentían? ¿Por qué, en vez de lanzar bendiciones que les alcanzasen el perdon, lanzaban maldiciones y blasfemias que encrudecian sus tormentos? ¡Desgraciados!... quizá el dolor les enloquecía...

Yo debia estar agitadísimo. Mis nervios apenas podian resistir aquella conmocion; seguía dormido sin embargo y siempre atraido por el horror, seducido por el espanto, seguia mirando, seguía oyendo.

En el centro del monstruoso anfiteatro se hallaba el que parecia jefe del movimiento sentado sobre un trono de víctimas é instrumentos de suplicio dando roncas voces que hacian retemblar la negra mancion, lanzando maldiciones que imponian pavor en el ánimo más osado, dictando sentencias á cual más terribles, inventando suplicios á cual más feroces. Una turba innumerable le rodeaba cumpliendo instantáneamente sus órdenes. Á lo que parece tampoco él dejaba de sufrir y hastiado de ver dolores, en imponerlos y presenciarlos, estaba su dolor.

Sobre el estravagante y pavoroso trono del rey de la negra cueva y allá... en el punto más elevado de la bóveda un orificio dejaba

pasar un rayo de sol; tras el rayo de sol y en una inmensa altura, en medio de la region más hermosa que pueda crear la fantasia, veíase un sér de luenga barba, frente espaciosa y mirada severa que reflejaba el infinito. Aquel sér dirigia su vista hácia la negra mancion y con el rayo de sol penetraba en ella su mirada... ¡Oh! Aquella mirada que cruzando el éter se sumergía allí con el rayo de sol para presenciar los terribles suplicios infundía más miedo que los suplicios mismos. No había en ella un destello de generosidad ni de perdon; venganza y crueldad tan solo rebosaba. Solo ante ella temblaba el rey de las tinieblas. Yo tambien temblé sin saber la causa.

Y los tormentos, y los gritos, y las blasfemias, y las carcajadas seguian; y yo seguía mirando más asombrado cada vez, más nervioso, más trémulo... ¡Pobres víctimas!

Una jóven, olvidada sin duda en medio de la confusion que produjo la llegada de una multitud nueva que venia á aumentar las filas de los pacientes, me llamó la atencion. Tenía apenas 15 años; su desnudo seno dibujaba ya con valentía graciosos contornos; su rostro, óvalo perfecto, era de una belleza irreprochable; su mirada era lánguida, apagada; amargas lágrimas, ora de rábia, ora de desesperacion, bañaban sus mejillas descoloridas; el desfallecimiento más completo se notaba en toda ella. ¡Cuánto debía sufrir! Pero, ¿qué habria hecho para verse confundida entre tanto criminal como allí debía haber? ¿Seria posible en tan tierna edad un delito tan enorme? ¡Oh! sería una aberracion de la naturaleza...

La lánguida mirada de la jóven se fijó entónces en mis ojos. Yo me turbé, vencí toda vacilacion... ¡Era tan dulce, tan pura aquella mirada! Y dirigiéndome á ella la dije con cariñoso acento:

—¿Qué has hecho, pobre niña, para venir aquí?

—¡No sé! me dijo sollozando con sombría desesperacion.

—¡Cómo! ¿No lo sabes?

—¡No!

—Tú me engañas, eso no es posible. Á ver, ¿has hecho daño á alguno?

—¡No!

—¿Has dudado, maldecido, blasfemado de Dios?

—¡No!

—¿Has mentido?

—¡No!

—¿Acaso un mal pensamiento... el fuego de una pasion te arrastró... al olvido del deber...?

—¡No entiendo! dijo la encantadora niña fijando en mí una mirada tan candorosa, tan inocente como la de un ángel pudiera serlo.

—¡Pobre niña! ¡Oh! sin duda eres víctima de un error, esclamé conmovido.

—¡No sé!

—¡Ven! supliquemos á Dios, roguémosles...

—¡Dios!... murmuró la desgraciada con acento de profunda desesperacion, de rábia casi.

—¡Sí, Dios! la contesté asombrado.

—¡Míralo... allí lo tienes...!—me dijo con voz sorda señalando al orificio por donde penetraba en la caverna el rayo de sol y la mirada del sér de la luenga barba—ántes le adoraba y desde que estoy aquí le maldigo sin cesar.

—¡Aquel!—esclamé asustado—¡imposible! Dios es justo, Dios es nuestro Padre... y aquel mete miedo, aquel goza con tu dolor, su mirada respira venganza... ¡no, tú eres inocente, saldrás de aquí....! ¡sí, saldrás, porque Dios me oirá!

—¡Fuera!—gritó una voz á mi espalda—¡maldicion, hé aquí mi prometida! ¡ven, ven á mis brazos... yo enrojeceré tu cútis... yo daré fuego á tus mejillas! ¡maldicion!...

—¡Dios mio!—murmuré cayendo de rodillas con las lágrimas en los ojos—¡Dios mio! ¿por qué castigais á tan tierna niña de ese modo?... ¡Oh, vos la perdonareis, sacándola pronto de aquí!...

Una mirada burlona del de la espaciosa frente me heló la sangre en las venas y me hizo volver el rostro con repugnancia á otro lado.

Quedé anonadado, estático; un temblor nervioso agitó todos mis miembros; los oidos me zumbaron y se nublaron mis ojos... ¿Qué había visto? Un inmenso cartel de color de fuego donde se veia escrito con letras negras colosales:

¡LASCIATE OGNI SPERANZA!!!...

Una carcajada sarcástica siguió á mi lectura. Esto era ya demasiado terrible. La crueldad de las penas me había sobrecogido, su injusticia me había anonadado, pero la eternidad del sufrir me hizo

tanto daño, me causó tal sacudida nerviosa que me desperté. Y en verdad que era hora, ¿quién sabe lo que áun me quedaba que ver?

Era de dia. El sol radiante penetraba en mi habitacion, llegando hasta mi lecho y envolviéndome en su luz. Multitud de pajárillos dejaban oir sus alegres gorjeos, como saludando mi despertar. Miré hácia el balcon y los tiestos estaban llenos de flores. Miré hácia el cuadro colgado en mi alcoba, y el rostro de Jesucristo parecía sonreir con una sonrisa de amor. Miré dentro de mí y solo vi alegria, paz, cariño.

¿Qué significaba todo esto? La protexta de la naturaleza, de la conciencia y de la religion contra mi sueño, protexta que llegó al fondo de mi alma.

¡Sí! yo tambien he creido en el infierno.

Pero un dia llegó y la luz se hizo en mi inteligencia.

Y me horrorizó tan infame fábula.

Y hoy, puesta la mano sobre mi conciencia, maldigo el infierno, y digo que la creencia en la eternidad de las penas que constituye la esencia del horrendo mito, debe extirparse á toda costa:

Porque es una rémora para el progreso.

Porque ahoga toda tendencia al arrepentimiento.

Porque es incompatible con el dogma cristiano.

Porque aun en la práctica sus resultados son contraproducentes.

Porque es una creencia sacrilega.

Porque es una creencia injusta.

Porque es una creencia desconsoladora.

Porque no es medio para ningun fin, ni fin de nada humano.

Porque falsea los principios de la moral, haciendo entrar el temor en el cumplimiento del bien.

Porque pervierte el sentimiento, ahogando todo gérmen generoso ó caritativo.

Porque la ciencia y la conciencia, la filosofía y la religion, la moral y el derecho lo reprueban.

Porque es un error, mejor dicho, una mentira.

Porque es un absurdo.

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca.

LOS POBRES.

Gran dolor es que en un dia de invierno se os presente un pobre ciego, mal cubierto con desaseados harapos, temblando de frio, estenuado el cuerpo, teñido el rostro con lívida palidez, hundidas las mejillas, tardio en sus movimientos, inseguro en su andar, y que alargando tímidamente la mano os pida un pedazo de pan para satisfacer la imperiosa necesidad que le martiriza y que sus condiciones fisiológicas han anunciado á los ojos del observador!

En ese momento despierta en nosotros un sentimiento que no queria dormir, una sensacion que es la declaratoria de la excelencia del alma humana, una inclinacion que podria llamarse el alumbramiento de la bondad, el producto de la conmiseracion, la consecuencia del instinto. Aquel acento que reclama nuestros auxilios, no solo se ha dirigido á sacudir la cuerda sonora de la sensibilidad, sino que ha arrojado un poco de luz en nuestra mente: la súplica del abandonado de la fortuna viene siempre formulada por la filosofía natural y se reviste con los encantos conmovedores de la elocuencia no enseñada de la necesidad y afliccion.—Todos los pordioseros dicen la misma cosa: se sirven siempre de términos iguales; ninguno de ellos se detiene en pintar sus angustias, ninguno explana su intencion: con anunciar la idea del hambre han hablado bastante.

—*Una limosna, hermano, á este pobre ciego, por amor de Dios!* es sin duda alguna la expresion con que mejor puede darse á entender la miseria y es el más delicado pensamiento con que se puede hacer gala de los títulos que autorizan la demanda de un favor. No se pide más que una cosa, es decir lo ménos posible, y ¿qué es lo que se pide? Una limosna, lo que se dá por caridad, por amor de nuestro padre que está en los cielos; lo que se dá para socorrer alguna necesidad; y ¿cuál es la razon que se invoca para que no se extrañe la peticion? Recordar el allegamiento de unos á otros, la fraternidad universal, llamar la atencion sobre la comunidad de un padre y de una madre, traer á la memoria la ley del Evangelio. No se dice:—*dad una limosna á un pobre,* sino que se usa del pronombre demostrativo, para indicar lo que se tiene presente, porque la negativa con que se pudiera contestarle se haria más difícil

en este caso que si se tuviera que comunicar á una persona ausente. Todavía se hace la frase más enérgica, manifestando que el que está presente es pobre, menesteroso, que se encuentra necesitado, falto de lo preciso para sustentarse, y esta consideracion hace nacer lógicamente la idea del hambre y se piensa en las exclamaciones de dolor que se oirán en su casa, si tiene familia, en los insalubres alojamientos en que vivirá, y de suposicion en suposicion se llega al conocimiento de la verdad, que es lo que él desea. Pero el pobre que se os acerca no es solamente pobre, sino que es ciego, y lo dice porque tiene la experiencia de que muchos no reparan en esta calamidad, y quisiera haceros comprender mejor su estado, definiéndolo en una palabra. Si le decis que no teneis que darle, proseguirá su camino, porque ¿qué otra cosa agregaria para conmover al que no se ha conmovido ya? Cuando se llamó ciego se comparó con aquel á quien se dirigia y dió á entender que él no podia apreciar en los objetos ni el tamaño de la forma, ni su estado de reposo, ni su estado de movimiento: estableció en su mente un paralelo con el hombre que vé y echó de menos las incomparables ventajas del que abarca tantas cosas bajo el ángulo visual! Todavia le queda algo más para concluir la súplica, le queda el complemento de la oracion; el último recurso de la elocuencia: *por amor de Dios!* No pone el caso en acusativo porque parece que sabe que los hombres no se aman mucho unos á otros ni tienen creencias arraigadas, y así indica que Dios pide por él, que Dios lo ama, que el que dá al pobre, segun lo recuerda Víctor Hugo, hace un préstamo al Señor de cielos y tierra.

Cuando se niega la limosna, todos responden con la misma frase:—*perdone, hermano.* ¿Y qué significa esto? Que se reconoce tener contraida una deuda con el hombre que suplica y reclamamos su bondad por no haberla cumplido, que hemos faltado á nuestro deber y queremos que él sea mejor que nosotros, perdonando á los culpables. Le despedimos y para consolarnos le devolvemos el dulce título que aumenta la gravedad de nuestra negativa.

Cuando el pordiosero recibe lo que le dais de lo supérfluo, responde simplemente:—*Dios os lo pague, el Señor os dé salud*, dando á entender así que no es á él á quien habeis favorecido, sino á aquel en cuyo nombre ha establecido la súplica, y como si supiera que le ha servido de regocijo vuestra buena accion, encarga que os dé

el más apetecido de todos los bienes, la mejor de las riquezas, lo más valioso, lo más apreciable, la armonía de las funciones del organismo. Como la limosna es una deuda contraida con Dios, él la pagará y para eso derramará en vuestra cabeza el óleo y el vino de la salud.

Franco y sencillo el ciego indigente en la manifestacion del objeto que se propone, no mezcla accesorios extraños, no se vale de pomposas palabras, no insiste en su propósito; da á su gesto, á sus miradas, á sus movimientos un aire de humildad que conmueve; endulza su acento con tono patético, y cumple así sin saberlo con las leyes de la oratoria sublime. No se ha dirigido al pensamiento, sino al corazon; no quiere hacer pensar al que oye, sino hacer que lo sienta, no se propuso ostentar galas de estilo, y sin embsrgo se ha expresado en términos que encierran positivas bellezas literarias. Unidad en la proposicion, desenvolvimiento lógico de ideas, gradacion rigurosa en las pasiones que solicita despertar en los otros, recitacion elocuente, todo lo reduce á pocas voces, todo lo dice sin molestar la atencion ajena.

Reflexionando un poco sobre esa gente desventurada que compone la gran mayoría de los habitadores de la tierra, y echando una ojeada hácia el monton de afortunados que pudieran dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, no seria fuera de propósito pensar que conviene á la armonía del mundo moral esta divergencia en los destinos humanos. La queja de los unos escita la dormida piedad de los otros; y es materia juzgada que el engendro del amor y la caridad ha de perfeccionar las sociedades y purificar la atmósfera de los sentimientos. El dia en que los pueblos comprendan la limosna, se acabarán los pordioseros, y el trabajo subdividido hará la ley de conservacion universal.

No entendais esta ley como desgraciadamente la entienden muchos, como una excusa del egoismo propio, como un recurso, con que se cierra la puerta al mendigó, porque hay veces en el estado actual que el trabajo es una limosna, ni presumais que pueda defenderse la pereza personal, ni es argumento de importancia que haya explotadores de la piedad agena. El dia mejor del mundo siempre habrá pobres, porque el niño, el ciego, la viuda, el enfermo, no podrán caminar, ni ver, ni sustentarse, ni moverse, sin el auxilio de los demás. Cuando la ley del trabajo reparta por igual sus beneficios, ya la caridad habrá colocado sus piés desnudos so-

bre el polvo terrestre y en el apoyo recíproco habrá encontrado un sepulcro la miseria.

La hospitalidad no es, sin embargo, una novedad para los hombres, ni hay quien requiera la enseñanza de un instinto que hacía salir á Abraham en su trémula vejez al encuentro de los viajeros, y que decidió á San Bruno á repartir sus riquezas entre los necesitados; un instinto que embellece la rudeza de las costumbres de los hijos del Oriente, bajo las tiendas nómadas, y que es la más encantadora demostracion del progreso de las naciones.

Desarrollado el interés, el siglo toma un aspecto de rigor y se hace poco caso del sér que sufre: cada cual procura echar léjos de sí toda idea desagradable, pocos van á buscar á los indigentes en sus hogares solitarios; la ambicion general asiste á los lugares en que haya compra y venta: el espíritu comercial es el que preside á las acciones de las masas, el materialismo reinante es el que pretende dirigir el gran movimiento de las ideas, y por debajo de estas horcas caudinas es que tienen que pasar el amor y la caridad. Muchos pueden ser pobres porque tal vez sean virtuosos, y si á uno de estos negais la limosna, ¿á quién habeis ofendido? ¿á quién habeis infamado? Habeis ofendido á la sociedad en que vivís, estableciendo el descrédito de un sentimiento noble y os infamais á vos mismo echando sobre el alma el velo lóbrego de la crueldad. ¿Y si ese ciego que implora vuestra misericordia es un poeta, un héroe, un historiador?, ¿si es Homero, Ossian, Milton, Belisario, Prescott?.... ¿si es un hermano en la literatura, en la religion? Doble es el motivo en esta circunstancia para obligaros á hacer el favor, y aquel á cuyos ojos no se escapa nada de lo que acontece aquí abajo; aquel de quien se dice que atiende á las evoluciones de los orbes en los campos del infinito y que rigulariza la vida fugaz del insecto microscópico, para el que es un mar profundo una gota de rocío; aquel que es el amor y la caridad, segun la palabra del Santo, es el que debe tener en cuenta vuestro préstamo, y el que en la hora del saldo tiene que pagar con usura.— ¡Cuántos de estos nobles trabajadores del pensamiento han ido de puerta en puerta implorando la caridad pública, y sin embargo no podria llamárseles perezosos porque han empleado años enteros en la adquisicion de conocimientos que suelen producir recompensas mezquinas! ¡Cuántos génios superiores han tenido que proseguir su camino porque hallaron cerrado un palacio y tal vez

echaron de ménos la tienda del nómada del desierto, en que se detuvieron en un dia de viaje!—No seas tú, mujer de estas tierras hospitalarias, la que rechaces al que busca un pedazo de pan, la que despidas de tu casa al niño huérfano que tiembla de frio, la que esquives presentar tu brazo al anciano vacilante, la que no escuches la triste voz del que pide á sus hermanos una limosna por amor de Dios.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

(De *El Eco del Centro de Lectura.)*

ARMONÍA UNIVERSAL.

Numeri regunt mundum.
Pitágoras.

I.

¡Qué sublime es la armonia que llena la vida infinita!

El órden matemático preside en sus desenvolvimientos y manifestaciones.

Los planetas del espacio se engarzan entre sí por una gerarquia de *gradacion seriaria.*

La ley de las combinaciones químicas es la misma que rige en el universo sideral; reflejándose de este modo lo infinitamente grande en lo infinitamente pequeño del movimiento atómico.

Los sonidos no son otra cosa que la precision numérica en las *séries de vibraciones.*

El calor, la luz, las atracciones magnéticas ó eléctricas, ó la sondas acústicas no son en su propagacion sino *séries* de movimientos atómicos, que obran bajo una ley en razon inversa de los cuadrados de las distancias. Esta es la ley dinámica de las fuerzas que obran desde un foco central cualquiera.

Todo es movimiento y número. Todo es armonía seriaria y ordenada.

Las cristalizaciones de los cuerpos inorgánicos son séries de puntos de aristas, de planos ó de poliedros, que se agrupan matemáticamente y constituyen el mineral bajo un tipo de composicion.

En los séres orgánicos tambien el órden preside en sus distribuciones y funciones: lo mismo en el conjunto que en los detalles.

La vida universal está matemáticamente desenvuelta.

No solo cada sér especial vive en su ambiente: los moluscos en a roca; los peces en el agua; las aves y los corpúsculos de gérmenes en la atmósfera; los mamíferos en la tierra; sino que cada clase de estas grandes agrupaciones presenta una sucesion graduada de lo simple á lo compuesto, de lo menor á lo mayor, en una variedad indefinida; y hasta hacer que se pierdan los confines de la vida en los séres microscópicos, que fabrican sus moradas en los miembros de las grandes familias.

¡Qué órden más rigoroso por todas partes!

Los climas, los *grados de calórico;* la topografía, etc.; *los grados diversos de la constitucion atmosférica*, determinan la vivienda de cada sér en el planeta, segun su conformacion orgánica; y en todo preside la *série* de la naturaleza, la cual refleja sus armonías en cada sér, y en todos sus detalles;

Séries de palancas que ejecutan fuerzas y movimientos:

Séries de funciones:

Séries de facultades:

En las plantas una série determina su desarrollo en el tronco, las ramas, los tallos, las hojas, las flores, el fruto y el gérmen:

En las aves, sus costumbres se retratan muchas veces por el órden seriario:

Las cigüeñas y las grullas emigran ordenadas:

Las golondrinas fabrican su nido con precision y método:

Lo propio sucede con muchos insectos y cuadrúpedos:

Las abejas y las hormigas constituyen una república metódica y seriaria:

Los castores fabrican sus techumbres con arte:

Y en todas partes, la naturaleza revela el órden y la armonía:

Las fuerzas del viento, del agua ó del vapor, son una misma fuerza comensurable en sus intensidades *graduadas*:

Los matices ó colores de los objetos no son más que séries vibratorias de más ó ménos velocidad, etc.:

Todo es armonía: todo es número:

El suspiro del viento entre los pinos:

El rugido de la tempestad:

Las gasas de fuego de un sol moribundo, ó los cambiantes de oro y arrebol de la naciente aurora:

La melodía del ave trinadora:

El murmurio del arroyo:

Ó el fulgor de las estrellas:

Y áun allá en el fondo del alma humana tambien se sorprende la *armonía seriaria*, retratada fielmente en la *asociacion de ideas*, que constituye la rueda maestra sobre que giran las demás funciones intelectuales, las percepciones, la memoria, abstraccion, generalizacion, induccion y deduccion. (1)

Las ciencias humanas, por su parte, se esfuerzan en realizar el órden por la série, imitando la naturaleza, como si la série fuese la ley universal de las armonías.

Todas las ciencias en su exposicion siguen el método seriario.

Los naturalistas clasifican en séries, como lo están en la naturaleza, á todos los séres minerales, vegetales ó animales.

El geómetra ó el algebrista constituye su ciencia por séries diversas de verdades encadenadas entre sí de un modo admirable.

Y el filósofo, en fin, el moralista, ó el político no pueden dar un paso en la ciencia teórica ni en la práctica sin recurrir al método natural de la série matemática.

Todo el secreto de las ciencias es el buen planteamiento del órden seriario; en los múltiples aspectos de las séries, y en el unitario engranaje de ellas entre sí.

Cuando tan profusamente vemos las armonías naturales, y todas regidas por la série, no podemos ménos de preguntarnos:

¿Será la série la ley universal de las armonías?

¿Será por esto, por lo que en todas las esferas humanas se distribuyen las funciones sociales en *gerarquía seriaria*, como sucede en la administracion pública, en los ejércitos, en el órden judicial y en toda division metódica del trabajo?

Si la série es la ley del órden, ella será la que rija universalmente.

II.

La ciencia no se contenta con la confrontacion de cien hechos

---

(1) *El Hombre y la ley de Dios*, Revista Espiritista de Barcelona.—Año 1875.—N.° 9.—Páginas 217 y siguientes.

para determinar la verdad de una ley, sino que exige la universalizacion de esta verdad.

Busquemos, pues, la demostracion amplísima de que *la série es la ley de las armonías universales*; porque una vez demostrado este teorema, sobre él descansa todo el secreto de la armonía social y el trabajo se hace sencillísimo.

Recurramos para investigar á *la induccion analógica*, que es el método natural que para este fin preceptúa la lógica.

Veamos si hay analogía entre las leyes de la naturaleza y de la historia, entre el mundo físico y el mundo moral.

En efecto: la analogía es palpable, y muchas veces se confunde con la identidad.

Si se suceden las floras y las faunas en el globo; tambien se suceden los imperios, las lenguas, las religiones. Pérsia, Egipto, Grecia, Roma, Bizancio, son una série de formas civilizadas, progresivas, análogas á la ascension de los organismos en las edades geológicas, ó á los perfeccionamientos de las lenguas.

Hay, en la naturaleza, lucha por la existencia, donde lo último quiere suplantar á lo anterior, y lo nuevo reemplazar á lo viejo; y esto mismo sucede en la Historia, en que Jerusalen pelea contra Babilonia; Grecia contra Pérsia; la Sabina contra Roma; Abisinia contra Egipto.

En todas partes lo nuevo eclipsa á lo viejo; lo más perfecto aniquila á lo más imperfecto:

El arte griego se impuso al arte antiguo; el derecho romano al derecho de la fuerza; la España cristiana á la España árabe; la colonia puritana de América á los monopolios é injusticias de la Metrópoli. Lo mismo sucede con las especies orgánicas, segun Darwin.

En las organizaciones primitivas é inferiores de la vida, en los gusanos, un mismo instrumento secreto, se mueve, digiere, respira, se reproduce; el pulmon se confunde con el corazon; y lo mismo sucede con el trabajo social, en cuyos primeros albores un individuo hace de poeta, pastor y rey, de médico y sacerdote; y estos trabajos, solo se perfeccionan como sucede en la naturaleza á medida que se dividen las funciones en *séries* más completas y claras.

¿No se compone hoy un reino por el historiador, con un mosáico, un ladrillo, un sepulcro, ó un fragmento mutilado cualquiera de un templo, ú otro monumento cualquiera?

Pues lo mismo hace el naturalista con una vértebra, un diente ó una quijada fósil: se eleva por induccion á reconstruir el animal á que perteneció aquella mandíbula; porque lo mismo en historia natural que en la civil existe una ley de *unidad de composicion y concordancia de caractéres*, que permite ascender de lo conocido á lo desconocido.

Las analogías son infinitas y exactas.

El mundo económico y el mundo naturalista se pueden iluminar recíprocamente en sus investigaciones.

El trabajo humano es un reflejo del trabajo de la naturaleza; así como el hombre es un reflejo de la creacion.

Echegaray nos ha demostrado en una bella analogía que el cuerpo nuestro no es más que la semejanza completa de una máquina de vapor con todos sus accesorios y órganos. (1)

¿Y como no sucede así, si hemos dicho yá que la armonía se sorprende áun en el fondo del alma por las *séries* de ideas que constituyen los juicios, ó las *séries* de fenómenos que realizan las sensaciones y sentimientos, como si la série fuese la *ley natural* de las facultades?

Siendo esto así, *séries espirituales* tendrán que manifestarse en séries de formas, que realicen las armonías subjetivas: el arte invisible del espíritu encarnará en el arte visible de la materia.

De ahí el que estas séries del alma se ostenten en todas las artes.

El pintor ejecuta sus lienzos con *gradaciones combinadas* de tintas y de sombras.

El músico, lanza al viento sus melodías por *séries* diversas en intensidades ó tonos vibratorios.

El poeta escribe con precision matemática *seriaria* el fuego de su estro.

La ley de la armonía es una misma en la pintura, en la música ó en la poesía.

Aquí no hay analogía, sino identidad, como es identidad la del ángulo de incidencia y de reflexion en la onda térmica, acústica ó luminosa.

¿Qué es la arquitectura, ó el drama, sino el concierto armónico

(1) Artículos del periódico *El Imparcial*, números del 1.º y 28 de Diciembre de 1874, bajo el epígrafe: «*Del cuerpo humano como máquina.*»

de todas las armonías artísticas ó analógicas á las armonias de la naturaleza?

En todas partes preside la progresion, la série numérica, el órden matemático, lo mismo en lo pequeño que en lo grande.

En todas partes hay analogía.

La armonía del espíritu brota en las armonías de las formas, de los sonidos, de los movimientos, de los colores ó de la vida.

Nuestro lenguaje, nuestras costumbres; todos nuestros actos, todo refleja por analogía las armonias del alma.

El simbolismo del culto religioso; el emblema de las ideas metafísicas ó morales; los adornos de las fiestas civiles; los lemas materiales de las artes; todo esto son analogías entre el mundo moral y el mundo material, nacidas de que una misma esencia lo anima todo.

¿Por qué la balanza retrata la justicia? Porque su fiel representa, con el equilibrio de las fuerzas mecánicas, el equilibrio de las fuerzas morales del derecho propio y ajeno, realizando una armonía é igualdad suprema.

¿Por qué representa la rosa á la niña virtuosa?

Porque el encarnado de la flor es el símil de los colores de la bella edad; la frescura de aquella es la frescura de la niña; su perfume delicado atrae todas las simpatías; su cáliz adornado representa el arte y la galanura del ángel, etc. etc.

Los emblemas, los símbolos, los geroglíficos, significan, por medio de objetos sensibles, cosas abstractas, con las cuales tienen perfecta *analogía*.

Asi, el perro es el símbolo de la amistad fiel:

El lobo, del ladron:

La zorra, de la astucia;

El asno, del hombre obcecado y torpe que no escucha la razon.

El escuerzo, del mendigo, llaga social repugnante de la que hay que apartar la vista.

La araña, del comerciante;

El papagayo, del sofista charlatan;

La víbora, de la calumnia;

La abeja, de la accion de unidad en el trabajo social, que rinde miel y cera abundantes;

El avestruz, de las grandes figuras que tienen mucho cuerpo y poca cabeza;

La linda azucena con su límpida corola, con su raiz bulbosa, con su perfume, con su misterioso polen que cubre los estambres, con todas sus partes, nos pinta un mundo de *verdad*, etc. etc.

¿Qué puntos de contacto tienen las ideas abstractas con las cosas físicas?

La ciencia analógica contesta con su profunda filosofía; y puesto que no podemos intrincarnos en un estudio tan vasto, nos limitaremos á examinar un determinado número de semejantes.

El ejemplo, que empleamos para demostrar la verdad de una cosa, es un hecho que obedece á la ley de analogía. Está de tal modo en nuestras costumbres, que no es posible vivir sin apelar al ejemplo en cada momento. El hombre en su lenguaje imita las armonías de la naturaleza y de su propia alma. No solo distribuye con proporcion musical las diferentes partes de sus cláusulas, sino que estas tienen analogía en cantidad, calidad, sonidos ó formas con los objetos que representan.

El lenguaje humano imita sonidos, movimientos y pasiones.

«El ronco son de la tartárea trompa,
»Retumba en torno el cóncavo sonoro, etc.»

Hé aqui una sinfonía de palabras musicales que parecen que están reproduciendo todavia las vibraciones aéreas que puso en movimiento la trompeta que turbó el silencio en las faldas de un monte cavernoso.

«Qué descansada vida,
»La del que huye el mundanal ruido, etc.»

Hé aqui la paz, la templanza, produciendo con las palabras una mágia verdadera de dulzura y encanto melodioso.

¡Qué profunda se observa lo analogía del mundo moral y del mundo físico con el lenguaje!

Bien puede decirse que las leyes de la vida son las leyes de la palabra y las leyes del espíritu.

Examinemos rápidamente las figuras del lenguaje, donde están moldeados los pensamientos.

Las antítesis, las paradojas y las ironías son la *analogía* de los contrastes de pensamientos y de equilibrios de fuerzas encontradas de la naturaleza, que dan á las armonías riquezas de tono y colorido.

El apóstrofe, la exclamacion, la deprecacion, etc., son la *analogía* de la vida, luchando poderosa en los combates de la existen-

cia, donde ora vence, ora sucumbe; ya se irgue altanera, ó ya se humilla en el vaiven de alegrias ó dolores, ó en el apogeo ó eclipse de fuerzas.

La hipérbole es el *ejemplo* exagerado, dejando entrever la *realidad analógica.*

La presopopeya es el uso práctico de la ciencia figurada ó emblemática, como manifestacion elocuente, expontánea de la armonia y poder de las pasiones.

¿Y qué diremos de los tropos, que son la analogia en su esencia más pura, más profunda y científica? La metáfora, la alegoría, la sinecdoque, la metonimia, son efectos elocuentísimos de la analogia universal que instintiva y reflexivamente se manifiesta por todas partes.

En ellos se toma la parte por el todo y recíprocamente:

El género por la especie:

El signo por la cosa significada:

Lo abstracto por lo concreto....

La causa por el efecto:

El autor por su obra:

El instrumento por el que lo maneja, etc.

Los tropos tienen una filosofía profunda que se basa en la *ley analógica.*

Un hombre es un leon, ó la columna del Estado, porque sus circunstancias tienen *símil perfecto* con el leon ó con la columna.

¿No bastan estos *ejemplos* para demostrar la ley universal de analogía, que nos induce á la determinacion de *una ley de armonia exacta en todas las cosas?* El que no quiera esta muleta por saber andar solo en los conciertos, puede buscar directamente esa ley de método, y de seguro la encontrará.

Sin salirnos de este campo del lenguaje ó del arte, verá que la *descripcion*, la enumeracion, la epifonema, la ampliacion, y áun las perífrasis *son séries armónicas*; que el *símil ó comparacion* es el espíritu vivificante del analogismo, ó como la piedra de toque que no podia faltar en las armonias del lenguaje; y que las eleugancias, el *Hiperbaton*, la repeticion, etc., son la construccion acabada del engranaje libre-armónico de las *séries;* con tanta perfeccion como se verifica en el ordenamiento preciso de una oda ó de una estrofa poética cualquiera, donde el número que rije como ley es un hecho patente.

Así, pues, no solo está clara la *armonía seriaria* en los pensamientos y en la sensibilidad, sino en los sonidos y formas de las voces, en la composicion de las clausuras, en las metamórfosis del lenguaje, en todos sus accidentes, y en los diversos géneros de literatura á que dé lugar la combinacion de las prosas y los versos.

Un poema, un drama, es la armonía unitaria de la variedad infinita de armonías parciales en todos sentidos, bajo un plan, un método que es para él todo, y las partes, presidido por la *Ley de la série*.

Un discurso es un ordenamiento científico, lo mismo que un libro.

Y libro ó discurso es el secreto de la sinfonía seriaria, puesta en ejecucion

¿Gusta el libro? Su autor es buen músico, buen pintor, buen mecánico....... buen metafísico.

MANUEL NAVARRO Y MURILLO.

¡LA FÉ ES LA LUZ!

Si son los desgraciados de la tierra
Antiguos criminales,
Si todas nuestras penas
Y todos nuestros males,
Reconocen por causa
Nuestros hechos pasados:
¡Vive Dios! que me asusto de mí mismo;
¡Debí ser el Luzbel de las edades,
Que en furia loca me abortó el abismo!
¿Qué mónstruo fui yo ayer? Saberlo quiero;
Necesito la prueba,
(Y aunque por mi presente ya lo infiero),
Pesa sobre mis hombros el madero
Y mi alma delirante se subleva.
¡Yo quisiera vivir! ¡Vivir un dia!......
¿No hay otro criminal cual yó en el mundo?

¡Gran Dios! mi pensamiento se extravía,
¡Es mi dolor tan grande y tan profundo!
¡Yo no recuerdo ni una sola hora......
De ilusion, de esperanza y de ventura!
Crucé la tierra desde polo á polo,
Para mí en cementerio convertida;
¡Y es tan triste! ¡tan triste vivir solo!....
Y cuando por acaso á mí se ha unido
Una afeccion cualquiera,
El huracan terrible del olvido
La arrebató en fantástica carrera.
Miro la humanidad, y encuentro en ella
Tanta maldad y tanta hipocresía,
Que al verme confundido entre reptiles
Padece horriblemente el alma mia,
Pues considero que seré cual ellos;
Esto es tan claro cual la luz del dia.
Yo no vine en mision; vivo muriendo,
Hasta el placer de aquí me fué negado;
Y así, racionalmente deduciendo,
Debe ser espantoso mi pasado.
Y de esta humanidad que me horroriza
Al verla tan astuta, y tan menguada,
Soy una rama seca, improductiva.....
Que en el mundo no sirve para nada.
Yo admiro de los génios la bravura,
Yo bendigo la ciencia de los sábios,
Envidio del creyente la fé pura:
Maldigo la calumnia y sus agravios.
Algo en mi se revela noble y puro,
Pero luego me quedo.....
Cual Ícaro sus alas,
¡Mi propia pequeñez me causa miedo!
Y busco en el pasado de mi vida
Algo que sea mi punto de partida.
¡Bien hizo Dios en ocultarle al hombre
Sus crímenes pasados;
Porque si únicamente al presentirlos
Nuestro espíritu está tan humillado,

Qué seria si mirara
Su série de existencias cara á cara!
Triste es por Dios cuando la mente ignora
Que uno es el *arquitecto* de su vida;
Porque se desespera, sufre y llora,
Y á una causa para él desconocida
Impreca con enojo,
Y victima se cree del fatalismo:
¡Mas se contempla grande ante sus ojos!
Pero el espiritista razonado,
El que está plenamente convencido
Que el presente es efecto del pasado,
Que en la ley de espiacion no existe olvido,
Cuando en la soledad pasa revista
A todos los sucesos de su historia
Y en sí fija su vista,
Y nada, nada encuentra en su memoria
Que misteriosamente le sonria:
Aquel que se creia
Gigante por su audacia y su deseo,
Le inspira repugnancia su osadia,
Y esclama con desden, ¡soy un pigmeo!
Nada soy en el mundo, de la arena
El diminuto grano,
Quizá sea más que yo; y aguda pena
Se siente al descubrir el hondo arcano.
Hace daño decir con desaliento,
No soy juguete de contraria suerte,
No pesa sobre mí cruel injusticia,
Pero es inexorable la justicia
Si á otros hice morir, justa es mi muerte.
Ya no puede el alhago envanecerme,
Ni de alabanza el plácido murmullo,
Que de su pedestal miré caerse
El airado fantasma de mi orgullo.
Ayer me crei más grande que los otros,
Y hoy me miro y me encuentro tan pequeño,
Que solo el microscopio me diseña:
Y es mi mundo de accion la gota de agua

Que se oculta en el hueco de la peña.
¡Triste es reconocer lo que uno vale!
¡¡Cuánto tiempo perdido!!!
¡Tantos siglos rodando por los mundos!....
¿Y de qué me han servido?....
De nada, vive Dios; voy por la tierra
Como errante y cansado peregrino;
Desterrado.... ¿de dónde? ¡quién lo sabe!
Pero dentro de mi vivo proscrito,
Vivo en las negras sombras del averno
Y mi mente se forja un paraiso;
Pero hundido en el lodo, ¡Dios eterno!
¿Por qué sueño un eden si no lo he visto?
¿Por qué yo amo el progreso con locura?
¿Por qué todo lo bello me estasia?
¡Si no he sabido levantar mis alas
Y abandonar esta region sombria!
¡Libre albedrío! ¡libertad del hombre!
¡Alma de nuestra vida!
¡Inestimable don! (si á nuestro instinto
Quiere servirle la razon de guia;)
(Y arma terrible, si gozar tan solo
En su delirio nuestra mente ansia.)
Perplejo estoy por Dios, miro este mundo
Y á una penitenciaria lo comparo,
Y cuando estoy en él, no cabe duda,
Yo tambien debo ser un presidiario.
¿Cómo me salvaré de esta condena?
¿Cómo podré volar por el espacio?
¿Cómo podré aspirar un tibio ambiente
De mil y mil aromas impregnado?
¿Y contemplar un cielo de colores
Con esplendentes soles esmaltado?
¿Cómo hallaré otros séres más sensibles
Que no vivan de astucias y de engaños?
¡Que sea su religion la razon pura!
¡Que no le rindan culto á Dioses falsos!
¡Que practiquen el bien por el bien mismo!
¡Siendo la caridad su único faro!

¿Cómo podré alcanzar tanta ventura?
Dicen que todos llegan; ¿pero cuándo
Llegaré yo, Dios mio?
Si la fuerza á mi sér le va faltando.
Al verme sin aliento, desconfio
Y me asusta pensar que cual los otros
Tengo libre albedrío.
¡Libre albedrío yo! cuando en mi mente
No hay poder, ni valor, ni iniciativa,
Para decir á mi alma que se muere:
Cambia de derrotero y toma vida.
¡Vivir siempre! ¡qué horror! ¡siempre sufriendo!
¡Luchando con fatales consecuencias!
¡Levantando y cayendo
En nuestras sucesivas existencias!
¡Cuán felices serán las almas puras
Del miserable lodo desprendidas,
Que sin remordimiento ni tortura
Miran serenos resbalar la vida!
¡Dichosas de esas almas que nacieron
Y al mal no se inclinaron,
Y mundos, y más mundos recorrieron,
Y en todos progresaron!
Yo quiero adelantar, pero me falta
Algo que no adivino;
Quiero avanzar; pero mi débil planta
Se pára en el camino.
Miro á la humanidad, y amargo tédio
Se apodera de mí, y con espanto
Digo con desconsuelo, no hay remedio;
Nunca podremos enjugar el llanto.
Si en nosotros no existe un sentimiento
De amor y de hidalguia,
Si en nosotros no hay más que fingimiento,
Doblez é hipocresía,
¿Cómo salir de aquí? es imposible;
Nuestro mundo es el fondo de un abismo.
¡Qué tormento, gran Dios! Esto es horrible!
¡Llegar á despreciarse uno á sí mismo!

¡Cuando siempre por mucho que pequemos
En nosotros hallamos indulgencia!....
¡Qué crímenes tan grandes no tendremos
Cuando ya nos rechaza la conciencia!
Antes, al ver del mundo la miseria,
Sentia en el alma frio,
Pero hoy, cuando contemplo mi materia,
Solo me inspira repulsion y hastío.
¿Cómo vuela mi osado pensamiento
Y luego vivo como todos viven?
¡Oh! yo sufro de Tántalo el tormento,
Miro el agua, y beberla me prohiben.
¿Me prohiben? dije mal, me lo prohibo;
Si tengo libertad, no soy esclavo,
Yo solo de mí mismo soy cautivo
Y puedo ser tambien el soberano.
¿Qué me hace falta? No lo sé, lo ignoro;
Yo sé que existe un Dios y le venero;
Que es eterna la vida,
Que el progreso es la luz,
Yo tengo anhelo:
Quiero llegar á ser un alma buena,
Quiero llegar á ser.... ¡Pero no llego!
Quizá me falte fé, quizá ¡Dios mio!
De ti no desconfío;
Mas desconfío de mí, algo se esconde
en mi sér, porque siempre le interrogo
Y nada á mis preguntas me responde.
Dame ¡oh gran Dios! la fuerza necesaria
Para poder luchar con heroismo,
Y salir de esta vida rutinaria
Donde solo domina el egoismo,
Quiero llegar á ti, mi audacia loca
Sueña con ver la luz, porque estoy ciego;
Para la fé no existe el imposible:
Ella la nieve la convierte en fuego,
Trasporta las montañas,
¡Es el motor que al Universo mueve!
Yo quiero tener fé, más fé profunda,

Inquebrantable, pura, inestinguible.....
Que aunque vea que el orbe se derrumba
Mire su destruccion sin aturdirme.
Que aunque me considere hoy un gusano,
Quizá el más débil de la raza humana,
Esclame con acento soberano:
Yo llegaré hasta Dios, tengo el mañana.
¡Oye mi voz, oh ser omnipotente!
Dame esa fé que tanto necesito;
¡No desoigas mi súplica ferviente:
Que quiero conquistar el infinito!

Gracia. AMALIA DOMINGO Y SOLER.

SEVILLA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ M. ARIZA.

Génova 48, y Duende 4